

UNA FORMULACION TEOLOGICA DE LAS MISIONES

Jesús López Gay, S. J.

LAS misiones comenzaron con la vida misma de la Iglesia, y nunca han faltado. Pero la época moderna, con los descubrimientos de inmensos pueblos paganos, llevó el problema misional a un primer plano. Y la Iglesia al enfrentarse con este problema, ha alcanzado conciencia de muchas virtualidades que antes permanecían ocultas. La Iglesia se explica, en parte, conforme se va realizando.

Pronto se buscó en la teología los elementos necesarios para examinar y formular este problema. En los primeros momentos las misiones son estudiadas desde un punto de vista más bien jurídico: potestad y obligación de predicar, obligación de los infieles de escuchar el mensaje, etc. Luego, el problema se desplazó al campo de la necesidad de la Fe, y este movimiento produjo una larga literatura sobre la salvación de los infieles. Quizás los resultados obtenidos no han sido muy satisfactorios. Muchas veces era una visión demasiado antropocéntrica, y limitada por dos conceptos difíciles de unir. De hecho, para *salvarse*, de alguna manera hay que dejar de ser *infiel*. Poco a poco, el problema teológico de las misiones, fue

encajándose e iluminándose dentro de la eclesiología. Fue fruto, primero, de ese misterio íntimo de la Iglesia, que va tomando conciencia de sí misma conforme va realizándose. A este mismo enfoque contribuyeron las encíclicas de los últimos Pontífices, que han hablado de las misiones desde un punto de vista, ante todo, eclesial. Por fin la teología bíblica, la kerigmática, etc. han perfilado esta nueva visión, que podemos resumir en la siguiente fórmula: son las misiones esa acción de la Iglesia, que por medio de la palabra, trabaja por extender e implantar en todo el mundo el Reino de Dios, mientras que llega el retorno del Señor.

Acción de la Iglesia

Además del aspecto estático: su fundación, su estructura puramente institucional y jerárquica, la Iglesia tiene una función dinámica. Como cuerpo viviente tiene necesariamente que crecer y extenderse. Es una idea clave en la teología de S. Pablo (vg. Eph. 4,12 ss.). Todos los que pertenecen a este organismo vivo y en extensión —laicos, sacerdotes, religiosos—, participan de esta actividad propia de la Iglesia. Pertenecer a la Iglesia es una gracia, mas importa una exigencia, una tarea.

El Espíritu anima a la Iglesia, trabajando continuamente por el desarrollo de este su cuerpo. El Espíritu Santo fue prometido y dado por Cristo a la Iglesia como una fuerza (dynamis) para que ella pueda realizar su misión (Cfr. Jon. 16, 16.26; 15.26, etc.). Según consta por los *Hechos de los Apóstoles*, las iniciativas misionales están vinculadas al Espíritu.

Cristo le ha encomendado a la Iglesia una actividad específica, una misión concreta de llegar hasta el último rincón de la tierra, llevando a todos los hombres su mensaje, y con él, la Fe y el bautismo (Mc. 16, 15-6). Los apóstoles fueron los que recibieron particularmente este mandato de Cristo. Por eso, hoy día los obispos —sucesores de los Apóstoles— tienen una vocación misional particular. Pero todos los miembros de la Iglesia, como indicamos antes, participan de esta vocación y tarea misional. Esta conciencia misional de toda la Iglesia, más que de un texto aislado de la S. Escritura, se deduce de su misma estructura, de su historia y de su vida animada por el Espíritu. “Anunciar a los hombres el mensaje de Cristo, es la razón de ser de la Iglesia, su oficio primordial, que no puede descuidar sin negar su misma esencia. La Iglesia, por lo tanto, vive, ha vivido y vivirá para el cumplimiento de esta su misión” (Pío XII, *Discorsi e Radiomessagi*, Tip. Pol. Vat. 1940-59, v. 19,432).

La actividad misionera comprende un triple estadio: la inicia el Padre, “que tanto amó al mundo” enviando a su Hijo. La realiza el Hijo —primer enviado o misionero— con el misterio de su Encarnación, con su predicación y actividad evangelizadora y con su Pasión-Resurrección. En toda esta realización, el Espíritu estaba siempre presente. Por fin, la Iglesia en su trabajo misionero, continúa esa misión que recibió del Hijo, llevando a todos los hombres los frutos de la Redención. No es un mero continuar esa misión, sino que la actualiza constantemente, siendo la Iglesia el misterio de Cristo.

Cristo al transmitir a la Iglesia su misión, le ha dado también la pauta o el modo de realizarla. "Como el Padre me envió yo os envío": así la Iglesia, como lo hizo el mismo Cristo, ha de reproducir en su actividad misionera la ley de la Encarnación. No pretende colonizar, ni imponer nuevas culturas, ni extinguir la llama antigua. Su fin es superior, y su método lo encuentra en el ejemplo de Cristo, que con excepción del pecado, asumió todo lo del hombre revalorizándolo, santificándolo. La Iglesia tiene la capacidad porque la tenía Cristo, de llevar todas las cosas a Dios. En su actividad misionera, la Iglesia vuelve a vivir el otro gran misterio de Cristo: su Pascua. Las misiones le cuestan a la Iglesia sangre, sacrificios, y todas están selladas con martirios. Estos han anunciado los albores de una resurrección y florecimiento.

Para extender e implantar en todo el reino de Dios

El "Reino de Dios", significa tanto el *objetivo* o fin de la actividad misionera de la Iglesia, como el *contenido* de su predicación misionera. Cristo comenzó su misión "recorriendo la Galilea, enseñando en las sinagogas y predicando el evangelio del Reino" (Mt. 4,23). En las últimas instrucciones a sus Apóstoles antes de confiarles el mandato misionero, "les hablaba del Reino de Dios" (Act. 1,3). Este fue también el tema de la predicación de S. Pablo (Act. 19, 8; 20,25, etc.).

El mensaje que la Iglesia predica, no es sólo un conjunto de verdades doctrinales o un código de moralidad elevada. Es una historia que anunciar, un evangelio: Cristo nos ha conseguido la salvación, y la ofrece a través de su "reino" que es la Iglesia. Este mensaje no se puede exponer en las misiones como una doctrina religiosa más (hay tantas!), sino como un suceso de salvación, cuyo centro es la intervención en este mundo de Dios, que quiere formar su "reino" o "su pueblo escogido", llamando a todos.

Por esto, implantar el "Reino de Dios" es el objetivo de la actividad misionera. Antes hablábamos de la Iglesia como agente y fuerza dinámica de la misión. Ahora la consideramos como el fin de toda misión. En la economía de Dios, la salvación ha quedado vinculada a la Iglesia y por la Iglesia. Es verdad, que la justificación es fruto de la Fe, como veremos, pero en el diálogo que precede a la administración del bautismo se dice textualmente: "¿Qué pides a la Iglesia?— La Fe— ¿Qué te dará la Fe?— La Vida Eterna". La vocación salvífica y medianera de la Iglesia, alcanza aun aquellos que todavía no le pertenecen. "La Iglesia misma no tiene otra razón de existir (nata est), sino la de hacer partícipes a todos los hombres de la Redención salvadora, por medio de la dilatación por todo el mundo del *Reino de Dios*" (Pío XI, *Rerum Ecclesiae*, AAS, 18 (1926) 65).

La actividad misionera trata de fundar una Iglesia, que supone siempre una comunidad. Ya desde las profecías del Antiguo Testamento, se va delineando esa idea de Iglesia-comunidad, como la porción elegida de Dios (1 Pet. 2, 10). Cristo la matiza más aún con las parábolas del Reino. Las primeras misiones de los Apóstoles, coinciden con la formación de comunidades, donde un grupo de fieles participa de una misma comunión bajo el régimen de un pastor *episkopoi* y *presbíteroi* (cfr. Act. 20, 17. 28; 14, 23;

etc.). Con la implantación del Reino de Dios, la Iglesia misionera tiende a formar una comunidad auténtica, y la primera consecuencia connatural de esta autenticidad son los pastores nativos, autóctonos .

Por medio de la palabra

Cristo señaló el modo concreto de llevar a cabo la actividad misionera: "Id por todo el mundo, predicad, bautizando..." S. Pablo insiste en la prioridad de la etapa kerygmática o de anuncio dentro de su programa misional (Cfr. I Tom. 2,3-7; Rom. 10, 12-17). Y los Apóstoles prefieren el ministerio de la palabra a cualquier otra actividad (Act. 6, 2-4). "Dios ha querido que la salvación de los creyentes se realice por la obra de la predicación" (Benedicto XV, *Humani Generis*, AAS, 9 (1917) 305).

La "palabra" tiende a llevar al hombre a ese encuentro con Dios, donde debe ofrecerle su respuesta personal, obediente, que es la Fe. El ministerio de la palabra se ordena a la Fe, es decir, el hombre que recibe la palabra de Dios, toma una decisión ante ese llamamiento divino. Este es el acto de Fe, camino de salvación (Rom. 10,14). No es que la "palabra" tenga un valor mágico para realizar ese encuentro entre el hombre y Dios. Es que por medio de la palabra, El llama, visita, entra en diálogo (Lc. 10, 16). Pablo se dirige a aquellos, que un día, aún infieles, "al oír la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como realmente es, palabra de Dios, que obra eficazmente" (I Tess. 2,13). Esta eficacia se explica, porque la palabra que llama a la Fe, supone en el infiel otro factor operante: el Espíritu. La vocación a la Fe, consecutiva a la elección de Dios, consta de una doble llamada: la interior del Espíritu, incesante, y otra externa: la predicación de la Iglesia. Quien responde a esta doble llamada, recibe la gracia de la Fe (I Cor. 12, 3; I Jn. 4, 2-3, etc.).

Ya en sí la predicación misionera —siempre concomitante con la acción del Espíritu—, es un acontecimiento salvífico. Cuando los *Hechos de los Apóstoles* describen las primeras misiones, la llaman "palabra de vida" (5,10), 'mensaje de salud' (13,26), "palabra de gracia" (14,3; 20,32). La predicación misionera, tiene siempre como compañero eficiente el Espíritu. Esta palabra es causa de la gracia en orden a la Fe. (En estas notas está la diferencia entre la palabra misiones y los sacramentos; éstos causan la gracia *ex opere operato*. y miran ante todo a la santificación). La última nota con que aparece en la Escritura caracterizada la "palabra anunciadora", es su vinculación al "testimonio". Ella es reconocida como "palabra de vida" cuando se presenta junto con el testimonio.

Mientras que llega el retorno del Señor

La predicación misionera del reino, está ligada con la segunda venida del Señor (Mt. 24,14). La Iglesia, que es esencialmente misionera, es a la vez la Iglesia esposa que vive en este tiempo de espera. Quizás los primeros cristianos vivieron más conscientes de esta fase final de la historia de la

salvación. El fin vendrá cuando se haya anunciado el Evangelio a las Gentes. La actividad misionera se extiende "donec veniat", "hasta que El venga". La Iglesia es ya el "reino", pero aún tiene una configuración no definitiva; tiende al futuro, a ese "reino eterno" del que tanto habló Jesús.

Cristo vino una vez para instaurar su reino; pero retornará para entregar "al fin" el reino a su Padre (I Cor. 15,24). Esta venida del Señor se realizará cuando la Iglesia haya cumplido su misión. El tiempo que separa las dos venidas de Cristo, es el tiempo de la Iglesia, y por lo tanto el tiempo de las "misiones". Esta Iglesia del "intervalo" (en expresión feliz de O. Cullmann), está entrañablemente vinculada al trabajo misional. Vivimos en ese plazo —tiempo de gracia— concedido a todos los hombres para oír y aceptar el mensaje de Cristo.

